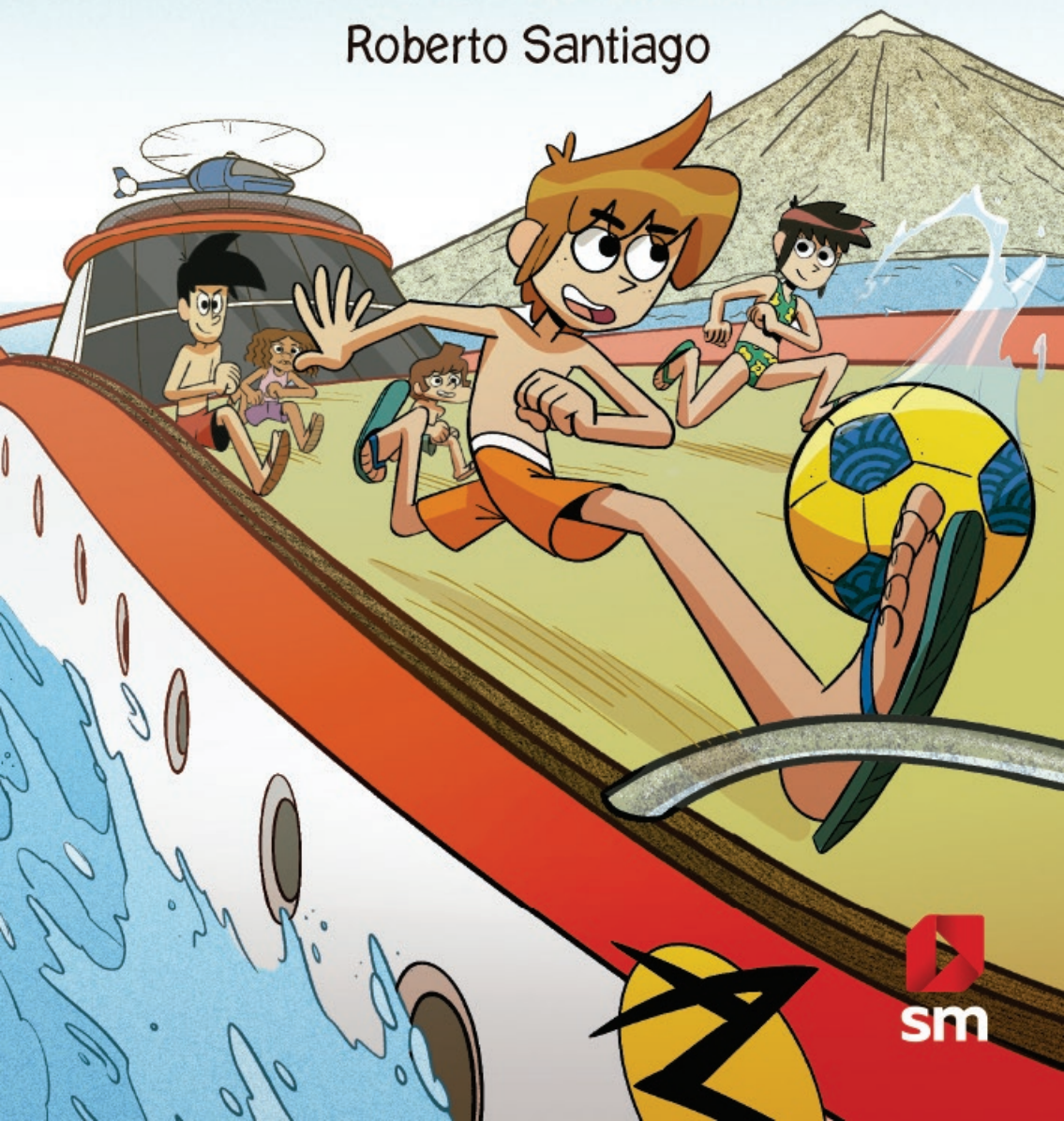


LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LA ISLA DEL VOLCÁN

Roberto Santiago





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: noviembre de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces
Corrección: Francisco José Carvajal

Ilustraciones de Guillermo Esteban Bustos
basadas en el diseño gráfico original de Enrique Lorenzo
Colorista: Santiago Lorenzo

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria.

© del texto: Roberto Santiago, 2020
© Ediciones SM, 2020
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-842-3
Depósito legal: M-19600-2020
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





1

Tengo once años.

Me llamo Francisco García Casas, aunque todos me llaman Pakete desde que fallé cinco penaltis seguidos en la Liga Inter-centros.

Y en este preciso instante estoy jugando al fútbol...

¡Dentro de un volcán!

Lo voy a repetir por si alguien no lo ha entendido.

¡¡¡Estoy jugando un partido dentro de un volcán!!!

El más grande de España.

Uno de los más grandes del mundo.

El Teide.

En la isla de Tenerife.

Es el campo de fútbol más increíble que se ha construido nunca.

Y no es un partido cualquiera.

Es el más importante que he jugado en toda mi vida.

Quedan pocos segundos para terminar.

Las gradas están abarrotadas de público.

El ruido de sus gritos rebota en las paredes del volcán, y el eco lo hace ensordecedor.

Estamos en el momento decisivo.

Tengo el balón en las manos.

El árbitro marca con un aerosol el lugar exacto donde tengo que colocarlo.

Después avanza unos pasos, dibuja otra línea, y los jugadores rivales forman la barrera.

Voy a lanzar una falta directa.

Si marco, seremos campeones de España.

Sí, lo he dicho bien.

¡Campeones de España!

Es un momento decisivo en la historia del Soto Alto F.C.

No puedo fallar.

Pero tengo un pequeño problema.

¡Jamás he marcado un gol de falta directa!

¡Ni uno!

Cada vez que lo intento, en los entrenamientos o en los partidos, la fastidio.

El balón choca con la barrera o sale fuera del campo.

Una vez incluso le pegué un balonazo en la cara a un árbitro y me sacó tarjeta amarilla.

Normalmente yo no lanzo las faltas.

Hay otros especialistas en el equipo.

Helena con hache es la mejor.

Y también Toni, el máximo goleador.

Incluso Marilyn, la capitana.

Sin embargo, ahora mismo ninguno de ellos puede hacerlo.

¡Están lesionados!

Toda la responsabilidad cae sobre mí.

Coloco el balón en la marca que ha dibujado el árbitro.

Algunos espectadores gritan enfervorecidos:

–¡La vas a tirar a las nubes!

–¡Te tiemblan las piernas, chavall!

–¡Eres un negado!

Mis padres intentan animarme.

–¡Vamos, Francisco, tú puedes! –exclama mi padre.

–¡Si fallas, adiós al campeonato! –grita mi madre, sentada unas filas más abajo–. ¡El sueño de toda una vida en tus pies!

–Juana, no presiones al niño –replica mi padre–, que se pone más nervioso.

–¡Pamplinas! –dice ella, y se gira de nuevo hacia mí–. ¡Vamos, cariño, mételo! Te lo pido por el colegio, por el pueblo, por España!

Levanto la vista.

Ante mí, la barrera.

Formada por los tres jugadores más altos del equipo rival.

Los hermanos Yusuf.

Me miran fijamente a los ojos, con gesto amenazador.

Son trillizos: exactamente iguales.

Por lo visto, algo así solo ocurre una vez entre un millón.

Los Yusuf son enormes, con las cejas gruesas y el pelo cortado a cepillo.

Tienen muy malas pulgas.

Son tan grandes que apenas me dejan ver un fragmento de la portería tras ellos.



Por si fuera poco, allí está la mejor portera del país en categoría infantil: Malak.

Todos la llaman «la Molinillo».

Tiene unos brazos y unas piernas larguísimos. Parecen el doble de largos que unos brazos normales.

Aunque acaba de cumplir doce años, ya es una leyenda.

Jamás le han metido un gol de falta.

¡Ni uno!

Ahora yo tengo que marcarle el primero.

Sería la primera vez para los dos.

La Molinillo empieza a mover los brazos haciendo círculos, muy rápido.

Como si fueran aspas.

La gente le aplaude, entusiasmada.



Lo hace para distraer a los lanzadores cada vez que le van a tirar un penalti o un libre directo.

Y, la verdad, funciona.

Cierro los ojos e intento visualizar la trayectoria del balón hasta la red de la portería.

Felipe y Alicia, mis entrenadores, están cada uno en un extremo: él en el banquillo, con los puños apretados, incapaz de decir nada; ella en la grada, mordiéndose el labio inferior de los nervios.

Puedo sentir a mis compañeros detrás de mí.

Si no marco, perderemos nuestra gran oportunidad: ser campeones de España por primera vez.

La única que no parece dudar es Helena con hache.

Me mira desde la banda, y entre los gritos de unos y otros, mueve los labios.

Puedo entender perfectamente lo que dice:

–Guachinche.

Es una expresión canaria.

Significa bar, o tenderete, o chiringuito.

Se trata de una especie de código secreto que tenemos.

Ya lo explicaré más adelante.

Ahora tengo que lanzar la falta.

Helena ha conseguido que sonría en medio de toda la tensión.

El árbitro baja el brazo y hace sonar el silbato.

¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Tengo que chutar.

Doy tres pasos atrás.

En ese instante, todo comienza a temblar.

Absolutamente todo.

Un rumor empieza a crecer, hasta convertirse en un ruido terrible, ensordecedor.

¡Viene de abajo, de arriba, de todas partes!

Al mismo tiempo, toda aquella superficie comienza a cubrirse de humo.

Se trata de...

¡Exacto!

El árbitro se ajusta las gafas y exclama aterrorizado:

—¡EL VOLCÁN HA ENTRADO EN ERUPCIÓN!